LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 11 DE NOVIEMBRE DE 1889 — NÚM. 411

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL CIEGO Y SU HIJA, grupo escultórico de Jef Lambeaux, grabado por Weber

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL CIEGO Y SU HIJA

grupo escultórico de Jef Lambeaux

Si fuese posible dar vida y movimiento al hermoso grupo de Lambeaux, si una niña de mirada dulce como la que está apoyada en la rodilla del infeliz ciego nos dijera con vcecita triste señalando á éste: «¡Una limosna por amor de Dios para mi pobrecito padre!» ¿quién no se consideraría dichoso socorriendo tal infortunio por mediación de tan inocente como bella peticionaria?

Pues si esto es así, no necesitamos hacer mejor elogio de la obra cuyas dos figuras ofrecen de un modo maravilloso el triste contraste entre el vigor abatido por la desgracia y la debilidad fortalecida por la idea del cumplimiento del más santo de los deberes. ¡Cuánto dolor y cuánta resignación en el inválido condenado á buscar en la caridad el mísero sustento que no puede pedir al trabajo! ¡Cuánta amargura, cuánta belleza en la pobre niña que en la edad de los juegos y de las ilusiones ha de tender sus manecitas implorando una limosna y servir de guía al que no tiene más amparo que ella!

En cuanto á las bellezas de forma, fácil tarea sería señalarlas, no porque no sean muchas en número, sino porque saltan desde luego á la vista del más novicio en materias de arte, pero por esta misma razón conceptuamos innecesario detenernos en su examen y creemos que después de haber hablado de lo que la escultura de Lambeaux nos hace sentir es ocioso indicar los primores de ejecución que en ella hay que admirar.

EL REGRESO, cuadro de Enrique Bource

La travesía no ha sido larga y sin embargo cualquiera que se fije en los semblantes de los personajes del cuadro de Bource podrá creer que se trata de un regreso después de una prolongada ausencia. Y esto se explica perfectamente: el padre embelesado en las caricias de su pequeña y en las amorosas demostraciones de su esposa y de su madre y el muchacho gozoso de volver á ceñir con su brazo el talle de su amada ¿acaso sabían al embarcarse si volverían á pisar la arena de su hermosa playa? El mar esconde en su seno á la traición y en un momento sepulta en sus abismos á los que pocas horas antes surcaban su casi inmóvil superficie. ¿Qué tiene, pues, de extraño que al reunirse sientan todos igual alegría que si hubieran estado mucho tiempo separados?

TRISTE NOTICIA, cuadro de Pinfold.

(*Salón de París de* 1889)

La obra de Pinfold con ser de una composición sobria encierra un sentimiento dramático de primera fuerza. Cada una de sus figuras es un poema y basta contemplarlas para comprender el argumento del cuadro. La familia del infortunado náufrago escucha de los labios del compañero de éste la triste noticia que la sume en profunda aflicción y los detalles del terrible suceso que arrebató para siempre al hijo querido, al adorado esposo, al cariñoso padre, que hace poco se había despedido de todos con el más tierno ¡hasta la vuelta!

El rostro y la actitud del narrador expresan admirablemente la embarazosa situación en que se encuentra teniendo que desempeñar una misión tan impropia de su modo de ser y al mismo tiempo la conmiseración que siente hacia la pobre familia á quien comunica la fatal nueva: el grupo formado por el anciano y por las dos mujeres no puede ser mejor sentido ni con más verdad ejecutado y nos presenta el dolor en formas tan distintas como naturales que demuestran lo bien que ha sabido Pinfold identificarse con la conmovedora escena y con los distintos sentimientos que animan á cada personaje.

INSTRUCCIÓN RELIGIOSA EN MARRUECOS

cuadro de Hirsch, grabado por Baude

(*Salón de París de* 1889)

La enseñanza del Alcorán reviste excepcional importancia en los países sometidos al Islamismo, comprendiéndose que así sea porque aquél es no sólo un libro de dogma sino también un código civil y religioso donde se regulan las prácticas del culto y las relaciones legales de los muslimes unos con otros y con la sociedad civil.

Hirsch, en su «Instrucción religiosa en Marruecos,» nos presenta á un anciano ulema dando lección á dos pequeños muslimes de los cuales el uno escucha con fervorosa atención de los labios del maestro las máximas contenidas en las *aleias* que han transmitido á la posteridad las revelaciones de Mahoma, mientras el otro se halla absorto en la lectura de los divinos preceptos.

El cuadro resulta severo así en el conjunto como en sus detalles, destacando la figura del venerable sacerdote y la expresión inteligente de los semblantes de los dos niños, y todo en él acusa un estudio detenido del natural, un espíritu profundamente observador y enamorado del buen realismo y un pincel hábil en los toques vigorosos y en la combinación de los brillantes colores propios de los asuntos orientales.

LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN

dibujo de H. Lefler

Los dos novios han quedado solos por unos momentos: embebecida escuchando las protestas amorosas que por milésima vez repite su gentil prometido, olvida la muchacha la labor que tiene entre manos, cae el ovillo al suelo, inclínase él para recogerlo y al tender ella la mano para tomarlo recibe en vez del ovillo un beso en que se confunden la pasión y el respeto. La ocasión ha hecho al ladrón, pero digamos en honor de la verdad que ni éste se ha apoderado de cosa ajena, pues por suya la considera desde hace tiempo, ni ha empleado violencia ni intimidación en la persona robada, pues bien demuestra el rostro de la protagonista del dibujo de Lefler que el atrevimiento del osado galán no le causa gran sorpresa ni mucho menos gran disgusto: al fin y al cabo ¡le quiere tanto y faltan tan pocos días para que sea su marido!

CANDELABRO, JARDINERA Y VASO

expuestos en la Exposición de París

Los tres objetos artísticos que en nuestra última plana reproducimos han figurado en el gran certamen recientemente cerrado en la capital francesa.

La elegancia del candelabro modelado en bronce plateado según el dibujo de Mr. Mathurin Moreau justifica el renombre universal de la casa Christofle y Compañía, de París, que cuenta entre las obras salidas de sus talleres el magnífico servicio de mesa llamado *del Emperador* fabricado en 1852 por encargo de Napoleón III, quien pagó por él 1.300.000 francos, que sólo se usaba en los grandes banquetes de gala.

La jardinera de granito salida de la fábrica de Thiebaut hermanos está montada en bronce dorado y es de un dibujo elegantísimo y de una labor primorosa.

El vaso expuesto por la casa Brownfield é hijos de Cobridge (Staffordshire) constituye un verdadero *tour de force*, pues es sin duda el objeto de mayores dimensiones que ha presentado la industria de la cerámica. Tiene más de tres yardas (unos 3 metros) de altura y dos de diámetro y representa á la madre tierra recibiendo los dones de la naturaleza en forma de granos, flores y frutos: alrededor de la esfera hay cuatro figuras, las cuatro estaciones, y en la base una procesión simbolizando las distintas ocupaciones del hombre. El color del vaso es verde pálido y las figuras y los adornos son de porcelana de *biscuit* blanca.

SUPLEMENTO ARTISTICO

Proyecto del Nuevo Teatro de Buenos Aires

presentado por el empresario Sr. Ferrari, trazado por el ingeniero Sr. Tamburini

De entre los tres proyectos que se han presentado al concurso abierto recientemente en Buenos Aires para la construcción de un nuevo teatro ha llamado especialmente la atención el presentado por el empresario Sr. Ferrari y trazado por el ingeniero Sr. Tamburini. De su grandiosidad y belleza da perfecta idea la lámina que con el presente número repartimos: su estilo es severo, las proporciones justas y las líneas armónicas.

El edificio, según el proyecto, ocupa una vasta manzana, correspondiendo la fachada principal á la plaza de Lavalle, las laterales á las calles de Tucumán y del Cerrito y la posterior á una calle para cuya apertura habría que expropiar algunos terrenos: sus dimensiones son 70 metros de frente, 120 de fondo y 45 de altura máxima. En el interior hay todas las dependencias que las actuales necesidades exigen en los modernos coliseos como escenario inmenso montado según los últimos adelantos, vastos sótanos, talleres, sastrería, depósito, taller de pinturas, cafés, departamentos para la empresa, amplio vestíbulo, grandes foyers, tocadores, salón de conciertos, salones para los artistas y para la prensa, etc. etc. El teatro está rodeado de galerías con numerosas salidas y la circulación es tan fácil que el desocupo del local, en caso necesario, se haría en breves momentos, tanto más cuanto que por medio de un mecanismo eléctrico con la sola presión de un botón se abrirían todas las puertas.

La capacidad total del teatro es para 4000 espectadores cómodamente sentados: los asientos son anchos y los palcos grandes y con espaciosos antepalcos. La herradura de la platea es exactamente igual á la de la *Scala* de Milán.

El término de explotación sería, de aprobarse el proyecto, de 40 años que es el máximo que autoriza la ley de licitación: el costo total del teatro sería de 3.400.000 duros.

La prensa bonarense, después de un detenido estudio del proyecto, ha colmado de elogios al Sr. Tamburini y ha proclamado el suyo como muy superior á los otros dos proyectos presentados, lo cual hace esperar que será el aprobado en definitiva.

TIMOS CIENTÍFICOS

De cuando en cuando y por intervalos regulares como si alguna ley especial y desconocida las rigiese, se desarrolla en nuestro país la fiebre de los inventos caprichosos y disparatados. Entre éstos, tienen lugar preferente por el ruido que en la prensa promueven y por la gran ignorancia de sus autores la cuadratura del círculo y el movimiento continuo. En este orden de preferencia pueden citarse también la dirección de los globos y la navegación submarina.

Pero entre estas dos categorías de inventos é inventores hay que establecer una diferencia esencialísima. La cuadratura del círculo y el movimiento continuo son problemas cuya resolución exacta es absoluta y ciertamente imposible. Por esto, á resolverlos solamente se dedican los que en la ciencia no pasaron de los conocimientos más elementales y que por una chifladura cuyos prodromos son fáciles de explicar, se empeñan con tan pobres armas y recursos en hacer posible lo imposible, y en dar apariencias de razonamiento acabado y juicioso á un loco y tristísimo desbarrar. Por estas consideraciones, todas las Academias científicas de Europa y América, con muy buen acuerdo han cerrado las puertas en absoluto á toda pretensión de los buscadores de la cuadratura y del movimiento continuo.

La dirección de los globos y la navegación submarina son problemas importantísimos cuya solución se estima razonablemente como posible, y por esto se acogen con aplauso todas las tentativas que se hacen cuando los autores en sus escritos revelan método de investigación y conocimientos científicos suficientes.

De lo dicho se desprende que en los dos primeros problemas la imposibilidad de la resolución no es accidental sino esencialísima y absoluta; en tanto que la resolución de los dos últimos lucha con dificultades accidentales que es presumible desaparezcan cuando las ciencias y las industrias aporten al caudal de los conocimientos humanos nuevos principios y más poderosos recursos.

La prensa política con rarísimas excepciones ofrece ciegamente su apoyo á todos los extravíos de carácter científico; y ella que tan insignes servicios presta al país en todas las cuestiones de la vida social, ya en la esfera del derecho, de la moral, de la libertad y de las costumbres, en las cuestiones científicas, sin duda por deficiencias de organización que no es nuestro ánimo señalar, se presta á mistificaciones inauditas y á propagandas absurdas que provocan ilusiones vanas y crueles desengaños.

No hace mucho tiempo que un periódico de gran circulación é inmenso crédito daba por centésima vez en sus columnas la estupenda noticia de haber descubierto un hombre de ciencia el movimiento continuo por medio de un ingenioso sistema de palancas, y el gran misterio de la cosa, estriba, según dicho periódico, en el recurso ingenioso de que el autor se vale para bajar el brazo más corto de la palanca.

Sin duda ni el desdichado autor del invento ni el ilustrado redactor de la noticia se han cuidado de recordar lo que estudiaron en los tratados de Física y Mecánica que se cursan en la segunda enseñanza. Y si bien el extravío es disculpable en el autor á quien hay que suponer obsesionado por una idea fija y perturbadora, no es lo mismo tratándose de un redactor, imparcial y severo en los demás asuntos, que da asentimiento y crédito á patrañas que á veces originan dispendios y disgustos.

No hace muchos años tampoco que la prensa publicó *urbi et orbi* la resolución de la cuadratura del círculo ó en otros términos la rectificación de la circunferencia. El autor dedicaba su *Memoria* escrita en magnífico papel y con hermosísima letra al monarca D. Alfonso XII que suponemos haría con ella lo que muy acertadamente hizo con los problemas de Algebra que para mayor provecho en sus estudios le propinó el respetable señor Barbery. No leerla. Tuvimos ocasión de conocer y hablar al autor de la *Memoria* y con la prudencia y mesura que caso tal requiere exploramos su capacidad y la altura de sus conocimientos. Le dijimos que puesto que se atrevió con este problema, cuya resolución se tiene por imposible, conocería los trabajos de Wallis y de los analistas modernos como Sturm, Cauchy, Darboux, etc. ¡Santo cielo! ¡qué ignorancia más profunda! No conocía tales trabajos ni de nombre siquiera, y sus estudios no pasaban de la trigonometría elemental mal estudiada: que si más hubiera estudiado, su mayor saber hubiera sido garantía contra su petulancia y atrevimiento.

Parecía, por el silencio que sobre estos asuntos siguió á la publicación de la noticia, que ya había pasado para no volver nunca, la época de los cuadradores; pero ¡qué desengaño! Luego se presentó en la palestra nada menos que un respetable sacerdote, director del Instituto de Soria, con otra Memoria impresa – más metida en carácter, vamos – dedicada al señor Cánovas del Castillo que quizás le haría algún caso, porque cuadraturas necesitaba don Antonio en aquella ocasión para cuadrarse contra las oposiciones que con fiereza suma le atacaban en el Parlamento. Pero si esta atención no mereció aquella Memoria, puede decirse que no mereció otra alguna de los hombres de ciencia y el tonsurado autor antes que demostrar la cuadratura del círculo demostró la cuadratura de su cabeza.

¿Habrá por ahí todavía algún cuadrador y algún periódico que lo patrocine, ó por fortuna habrá pasado el tiempo de los émulos del que con tanta gracia – aunque por cierto algo sucia – se burlaba Bretón de los Herreros en la composición que empezaba:

> De Cacabelo es el chulo
> Que ha llegado á descubrir
> La cuadratura del cir-
> culo.

Dios lo haga y por su bondad divina lo obtengamos.

Como al principio de este artículo dijimos, son de un orden distinto la cuadratura, la dirección de los globos y la navegación submarina. En éstos el problema estriba en vencer dificultades técnicas ó industriales. Pero no por esto es menor el extravío, la obcecación é insuficiencia de casi todos los inventores. Y en este pecado, justo es decirlo, han incurrido en todos los países del mundo.

El sacerdote italiano, Francisco Lana, que vivió en el siglo XVI, inició el problema de la navegación aérea y lo planteó con sumo ingenio ateniéndose en los medios de ejecución á los que ofrecía la ciencia y la industria de aquella época. En los comienzos de este siglo, volvió á plantearse el problema, y desde entonces no cesan los hombres de ciencia de todos los países, especialmente los italianos, en estudiar el asunto ya teóricamente ya por la vía experimental. Hay tentativas muy serias. Pero en cambio ¿cuántos ensayos ridículos ó desacertados? En el año de 1854, un Mr. Petit ideó un aparato de ascensión formado de tres globos y una plataforma á ellos unida; y pretendía el autor que disminuyendo la fuerza ascensional de uno de los globos extremos el aparato correría por la dirección inclinada que tomaría la plataforma. ¡Si estaría fuerte el señor Petit en las leyes del descenso de los cuerpos y en la teoría del centro de gravedad y del plano inclinado! No obstante de que el absurdo del razonamiento saltaba á la vista, no hubo periódico ilustrado que no publicase el grabado del aparato y la explicación detallada del invento, preparando así, sin saberlo, un gran timo científico en que cayeron algunas incautos.

Los italianos idearon los aero-planos como disposición más adecuada para la propulsión. En Francia se hacen grandes esfuerzos, pero hasta ahora sin resultado satisfactorio. En España acaba de publicarse en la *Gaceta Industrial* que dirige el señor Alcover un hermoso artículo debido al señor Cabanyes, oficial de artillería.

Pero aparte de estas tentativas plausibles por su seriedad y por su objeto, aquellas que más resonancia han tenido, son justamente las menos atendibles, y por compensación desgraciada, las más perjudiciales. No pocas



EL REGRESO, cuadro de Enrique Bource

personas se han interesado en el proyecto absurdo del señor Cazorla, que pretendía dar movimiento y dirección al globo, poniendo ¡oh ignorancia atrevida y desatentada! la potencia actuante, la resistencia y el hipomoclio en el mismo aparato que trata de movilizar y dirigir. El señor Cazorla ha fallecido. Gran suerte la suya. La desgracia ha sido de los socios que aprontaron un capital considerable.

Para cumplir el objeto de este artículo quédanos que hablar de la navegación submarina. Y lo haremos resueltamente aunque con cierto temor porque, aunque hablemos palabras de verdad, incurriremos en apasionadas censuras de los que no quieran ver la rectitud de nuestras intenciones.

Toda la gloria de esta empresa corresponde por entero al señor Monturiol. Él fué el primero que con admirable ingenio resolvió el problema de la submersión y propulsión en el año 1856, mucho antes de que se descubriese el principio del aparato servo-motor. Los ensayos se hicieron en la bahía de Barcelona á presencia del general O'Donnell que asistía por orden de doña Isabel II. El ictíneo se sumergió; navegó por la bahía durante media hora y se repitió el experimento cuantas veces lo creyó necesario el delegado regio. Pedía Monturiol con vivas instancias recursos al Estado para proseguir sus admirables ensayos. Pero los ofrecimientos capciosos que se le hicieron le desalentaron, se retiró á su hogar y en él tranquilo y resignado falleció hace tres ó cuatro años. ¿Qué ocurrió de desagradable en este asunto? Oficialmente hubo un ensayo; un ofrecimiento y una negativa de aceptación. Realmente hubo una consulta secreta de O'Donnell á un personaje científico; un informe apasionado de éste contrario al proyecto y una encubierta oposición al mismo en las esferas oficiales que, como siempre, dió tiempo y ocasión á tentativas más felices en el extranjero. ¡Coincidencia singular! Hace cuatro siglos en la misma bahía de Barcelona, á presencia del tesorero Rávago delegado por el emperador Carlos V hizo Blasco de Garay los primeros ensayos de aplicación del vapor á la propulsión de los buques. El ensayo fué satisfactorio. El informe desfavorable de Rávago dió á Fulton la gloria debida á Blasco de Garay. ¡Tal vez, siglos andando, habrá algún Arago que niegue á Monturiol la gloria que de justicia le corresponde!

La semilla ya estaba echada. Aprovecháronse de ella en el extranjero; y pocos años después se hicieron ensayos con mediano éxito en los Estados-Unidos. Luego en Inglaterra y Dinamarca aplicando la electricidad como motor. Un nuevo principio de física permite aplicar á la navegación submarina la aguja libre de perturbaciones del hierro del casco. El principio del servo-motor simplifica considerablemente la propulsión, la submersión y la dirección. Con todos estos elementos se aborda nuevamente el problema en Dinamarca. En el segundo ensayo, en que se proponían atrevidamente realizar la navegación submarina, el ictíneo y los tripulantes quedaron para siempre sumergidos en el fondo del mar. En Francia Kreb hace nuevos ensayos en Tolón; y con modestia suma dice y confiesa que de ninguna manera se resuelve á tentativas de navegación porque la pérdida es segura. ¡Como que el foco eléctrico sólo da un radio de visibilidad de 40 metros y necesita cuando menos una milla!

Por esto se ve que así como en la navegación aérea la visibilidad no ofrece problema alguno y sí lo suscita – y muy grave – la propulsión, en la navegación submarina, por el contrario, la propulsión está resuelta y el campo de visibilidad es la gran dificultad aun no resuelta ni salvada.

Es sabido que poco después del acontecimiento de las Carolinas, el ilustrado oficial de Marina señor Peral ofreció al gobierno y al país resolver este problema. La prensa política con grandes alardes de patriotismo acogió irreflexivamente el proyecto como cosa hecha que nos había de poner á la cabeza de las modernas potencias debeladoras del mundo. Amigos imprudentes de Peral le comprometieron horriblemente presentándolo como descubridor de siete inventos; entre ellos un foco luminoso que daba un radio de visibilidad de siete millas bajo el agua. ¡Ciérrate boca porque la risa estalla!

Todos sabemos lo que hasta hoy se ha hecho. Navegación por la superficie y submersión á un metro. Esto ya se había efectuado en América, Dinamarca y Francia á mayores profundidades y mucho antes que nadie lo hizo Monturiol en Barcelona.

En resumen; el señor Peral ha ofrecido la navegación submarina, que no ha realizado porque las dificultades de visibilidad son hasta ahora insuperables. Los medios de que ha dispuesto el señor Peral son estos:

Propulsión con motor eléctrico de acumuladores. – Estaba hecho antes que lo hiciera el señor Peral.

Instalación de la aguja libre de perturbaciones. – Estaba resuelta en virtud de un nuevo principio.

Aplicación del servo-motor. – La aplicación no tiene nada nueva.

A pesar de todo, nosotros más amigos del Sr. Peral que aquellos que nos aturdieron con su chillería de gritos patrióticos, esperamos que este distinguido oficial de nuestra Marina perseverará en su empresa con la fe necesaria para conseguir la realización de sus proyectos, cosa que, á decir verdad, consideramos difícil.

Ramón Escandón

EL PRIMER VIAJE

POR DON AUGUSTO JERÉZ PERCHET

Episodio

I

– Insisto, señor cura. La teoría tiene bastante fuerza para suplir los efectos de la práctica en todos los casos.

– Amigo mío, está V. en un error y tanto, que si alguna vez procede según ese modo de discurrir, sufrirá graves desengaños.

– No lo espero.

– Sin embargo, lo que digo es perfectamente exacto.

– Entonces ¿de qué sirven los estudios?

– De mucho; pero entre las ideas que con ellos se adquieren y la aplicación de esas mismas ideas, hay gran distancia.

– No nos entendemos, señor cura.

– Claro que no. Como que cada uno de nosotros va por distinto camino.

– Pues yo me atrevo á demostrar á V. que estoy en lo firme.

– Ojalá sea yo el equivocado.

– Y confío en que, Dios mediante, la demostración ha de tener lugar muy pronto.

– ¿De qué manera?

– Vamos á pasar en Málaga la temporada de baños de mar.

– ¿Qué dices, Prudencio? – gritó una voz de mujer.

– ¿Es posible, papá? – preguntó otra voz femenina, menos grave que la primera.

– ¡Papá!... – gruñó, por último, una tercera voz infantil, pero robusta y entonada.

– ¡Ja! ¡ja! – dijo riendo el cura. – Ha puesto V. en conmoción á la familia.

– Como que ignoraba mis propósitos, – repuso el llamado D. Prudencio.

– Bien, muy bien. Me agrada la determinación, aunque no la estime completamente oportuna.

– Málaga tendrá pronto un atractivo que ha de permitirme completar todo lo que me han enseñado varios libros de Julio Verne.

– ¿Cuál?

– He leído en un periódico de Granada que dentro de seis ó siete días llegará el vapor *Alfonso XII* á aquel puerto.

– ¿Y V. piensa?...

– Pienso visitarlo y conocer la realidad de las cosas marinas que tan admirablemente describe Julio Verne. Ya sabe V. que soy un marino consumado.

– Pero si no ha visto V. el mar!

– Eso no importa. Sin conocerlo, aseguro que lo miro como un antiguo amigo y compañero.

– ¡Vuelta á las andadas! Siempre el mismo tema de la práctica y la teoría.

II

La conversación precedente había tenido lugar en un pueblo de la Vega de Granada.

Vivía en el susodicho una familia ricachona, de buenas costumbres y de candidez rayana en la necedad, compuesta de un matrimonio y dos hijos. Era aquel D. Prudencio y doña Angustias; y eran estos Nicolasa y Pascual, á quien deudos y conocidos llamaban *Pascualico*.

Don Prudencio y su esposa tenían, respectivamente, cincuenta y dos y cincuenta años, y no ofrecían rasgo



TRISTE NOTICIA, cuadro de Pinfold, grabado por Baude (Exposición Universal de París)



EL NUEVO TEATRO DE BUENOS-AIRES

proyecto presentado por el empresario Sr. Ferrari, trazado por el ingeniero Sr. Tamburini

alguno notable. Habían engordado un poco, merced á la edad, y sobre todo, la señora presentaba un delicioso tipo de característica, según las aficiones de nuestro Teatro, cuando estaban en boga las comedias de Moratín. Verdad es que el olvido de la moda contribuía á dar un acentuado relieve al personaje, puesto que se identificaban á maravilla con el aspecto físico de doña Angustias sus gustos en el vestir.

Menos montaraz que su esposa, cifraba D. Prudencio su orgullo en ser hombre del día, pero por su desgracia y aunque otra cosa creyese, mediaba un abismo entre sus pretensiones y el realismo de la exactitud.

Ni D. Prudencio ni su familia habían viajado. Nacieron á orillas del terruño, crecieron en el pueblo y limitaban sus aspiraciones á contemplar los próvidos campos de la Vega, á deleitarse en el panorama de Granada que surgía en el lejano horizonte y á recorrer la hermosa capital el día de la *Toma* y el del *Corpus*. He aquí las novedades que rompían periódicamente la existencia monótona de aquellos individuos y que un demonio tentador, imbuído en la imaginación de D. Prudencio, quería modificar ahora.

Nicolasa, joven de diez y siete años, sólo gustaba en el concepto de placeres y distracciones, la prosa del cuotidiano paseo en coche á tal cual predio rústico, y el cuidado de las aves de corral.

La tertulia de su casa limitábase á los notables del pueblo, y allí se hablaba siempre lo mismo: Si llueve; si no llueve; si el tiempo es bueno para aventar; si hogaño *cargan* los olivos; si el cáñamo presenta este ó el otro aspecto, etc., y para que todo contribuyese al sopor intelectual, la pobre muchacha apenas tenía atractivos naturales que pudieran servir de estímulo á la gente moza, en eso de requerirla de amores.

Pascual contaba catorce años, y á juzgar por su desarrollo de atleta, se le podían asignar casi otros tantos; pero, según suele acontecer, el cuerpo crecía á costa de la inteligencia.

Oyó mencionar varias carreras y, olvidando que ganaba penosamente en el Instituto de Granada los cursos de latinidad, cifraba sus ilusiones en ser ingeniero agrónomo, así para satisfacer un vehemente deseo, cuanto por lo que pudiera servir á la posición de su padre.

III

Poco después del toque de *Animas* retiróse la tertulia que llenaba en el domicilio de D. Prudencio una anchurosa estancia, mitad cocina y mitad salón, donde en invierno ardían poderosos troncos, bajo la campana de chimenea descomunal.

– Oye, Prudencio, – preguntó doña Angustias, luego de despedirse los amigos y cerrar la puerta de la calle, – ¿qué has dicho de Málaga y de los baños de mar y de un barco que quieres ver?

– Lo que has oído, – repuso D. Prudencio.

– Pero, hombre de Dios, ¿qué necesidad tenemos de baños de mar? Ninguno de la familia los ha tomado nunca, y á ninguno le hacen falta, y todos estamos saludables y gordos.

– Mujer, los baños son un pretexto; la verdad es otra.

– Y ¿hemos de sufrir, por un pretexto, los peligros de un viaje?

– Yo te diré...

– Por mucho que me digas, no veo la precisión de ese viaje. ¡Cuidado con el capricho de exponernos á seis ó siete horas de ferrocarril, á vivir en la fonda, cosa que jamás hemos hecho, á tratar gentes desconocidas y á entrar en un barco, que es invención del mismo diablo!

– Mira, Angustias, hay varias razones que justifican mi proyecto. Es indispensable, para alternar dignamente en la sociedad, tener experiencia de la vida y demostrar con datos aquello que se dice. Lo contrario, equivale á ser un majadero.

– Pues, hijo, yo creo que tú eres el majadero, si te propones tantas lindezas, por figurar como un hombre extraordinario en nuestra sociedad, reducida al cura, al alcalde, al secretario y á media docena de labradores.

– Déjate de exageraciones. El saber no ocupa lugar y conviene adquirirlo cuando se presenta la ocasión.

– La ocasión no se presenta ahora; es que tú vas á buscarla.

– Tanto da.

– Te equivocas.

– Me obligas á que lo aclare todo.

– Y yo me alegro mucho de que te decidas á ser franco.

– Aun suponiendo que este viaje ofrezca motivos de alarma, hay que sacrificarse por nuestros hijos.

– No entiendo.

– Ellos empiezan á entrar en el mundo, y les ha de servir eficazmente una lección de geografía práctica. Me parece que el pensamiento no puede ser combatido.

– Mamá, – interrumpió Nicolasa, – yo quiero ir á Málaga.

– Y yo, – repitió Pascualico.

– ¿Lo ves? – añadió gozoso D. Prudencio. – La mayoría está en contra tuya.

– ¡A Málaga! ¡A Málaga! – gritaron los dos hijos, y en presencia de semejante actitud, acaso precursora de un motín casero, la buena madre exclamó:

– Está bien; me resigno. Vamos á Málaga, y á los baños, y al vapor.

– Yo te aseguro que no te pesará, – insistió D. Prudencio, mostrando una sonrisa de superioridad, como del hombre que disculpa la ajena ignorancia.

IV

Difícil fué la tarea de colocarse en condiciones de hacer la expedición. Además de no haber viajado, carecía la familia de D. Prudencio de relaciones con personas peritas en el particular, de suerte que, por intuición antes que obedeciendo á la necesidad ó la conveniencia, salió del apuro. Verdad es que al delicado gusto suplía el alarde rumboso y á la elegancia el chocarrero atavío; pero al cabo y tras multitud de visitas á Granada, todo quedó listo.

La noticia del próximo viaje corrió por el pueblo y seguidamente engendró distintos comentarios. ¿Qué había sucedido para que aquella familia adoptase tal resolución?

– Yo creo, – decía uno, – que eso de dejar la casa propia y meterse en aventuras es un desatino.

– Pues yo, – advertía otro personaje, – no critico la conducta de D. Prudencio. En los viajes se ve mucho.

– Desengáñese V., – replicaba un nuevo interlocutor, – por mucho que se vea, no encontrarán en parte alguna estos olivares, ni estas tierras de pan llevar.

– Sin embargo, – observaba un aristócrata exhausto de rentas, – yo envidio á D. Prudencio; y aseguro que si mis negocios me lo permitiesen no me habría tomado la delantera.

– Por mi parte, – decía el indispensable misterioso de la localidad, – difiero de todo lo que Vds. creen. Ese paseo á Málaga tiene otro objeto.

– ¿Qué está V. hablando?

– La verdad. Aquí se trata de un asunto de trascendencia.

– ¿A ver? ¿A ver?

– Se trata de casar la niña.

Y con murmuraciones y diálogos tan insulsos como éste, los desocupados del pueblo mataban el tiempo, abriendo por este sistema un paréntesis á su existencia uniforme y reposada, en la que no entraban como factores las impresiones constitutivas del claro-oscuro á favor del cual las facultades del hombre se ponen en juego y cumplen sus respectivas misiones.

V

La aparición de D. Prudencio, su esposa y sus hijos en la estación del ferrocarril ofreció un espectáculo de novedad. No de otro modo que si se tratase de abandonar para siempre el hogar querido, acudieron en son de despedida los criados de la casa y hasta la gente de los cortijos.

Cada cual, recordando lo que había oído, se atrevía á dar un consejo, siempre escuchado con respeto, pues la gente aquella creía asunto de trascendencia empaquetarse en el coche y dejarse llevar por el vapor; esto es, por una fuerza que no acertaba á comprender á pesar de las noticias (sobrado confusas) de D. Prudencio, quien alarmado como su familia, procuraba sonreir de manera heroica, para inspirarle valor en tan críticas circunstancias.

Rugió la locomotora, y á su estridente sonido lanzó doña Angustias un grito y balbuceó estas palabras, dirigiéndose á su esposo:

– ¡Cuando te he dicho que es una locura este viaje!...

– ¿Por qué? – preguntó D. Prudencio, amarillo como la cera.

– Porque esto no se parece á nada. A mí me gustan las cosas muy claritas, y aquí no sabemos quién tira de todos estos carromatos.

– Ya te lo he explicado mil veces.

– Pues tu explicación no entra en mi reino.

Volvió á sonreir D. Prudencio y para dar ejemplo, subió á un coche de primera y colocó los variados objetos de viaje, entre los cuales figuraban sacos de mano, el lío de bastones y paraguas, y una cesta panzuda y de dimensiones extraordinarias.

La campana dió la primera señal y D. Prudencio, que estaba al tanto de los detalles reglamentarios, exclamó:

– ¡Arriba!

Obedecieron hijos y esposa, despidiéronse de cuantos habían ido desde el pueblo para darles el adiós postrero y á poco un silbido imponente, agudo y desgarrador, fué el último preludio de la marcha. Gimieron las cadenas, extendidas con rigidez, y el convoy comenzó á deslizarse sobre la vía.

– ¡Dios nos saque con felicidad! – exclamó doña Angustias, mientras se santiguaba temblando.

Nicolasa imitó á su madre y Pascualico limitóse á abrir la boca.

En cambio, D. Prudencio, algo trémulo pero afectando sangre fría, encendió un cigarro, pasó las piernas desde su asiento al de enfrente y entregóse á la contemplación del paisaje, con indolencia musulmana.

Un poco más allá de Loja cruzaron el primer túnel, tan corto, que no hay necesidad de encender las lámparas de los coches; y al advertir doña Angustias la transición de la luz á la oscuridad y el cambio de ruido del tren, ahora profundo y medroso, le fué imposible reprimir una frase de espanto y desfallecimiento. Palpando en las tinieblas logró agarrarse á su marido y llorosa exclamaba:

– ¡Esto es el fin del mundo!

– ¡Vámonos á Granada! – decía Nicolasa.

– ¡Papá! ¡papá! – repetía Pascualico.

– Tranquilizaos; no es nada, – replicó D. Prudencio más muerto que vivo.

De pronto se hizo la luz, apareció á uno y otro lado de la vía la feraz campiña, y entonces el viajero se apresuró á murmurar, no repuesto del susto:

– ¡Era un túnel!

En Bobadilla el estupor de los expedicionarios llegó al colmo.

– ¡Bobadilla, veinte minutos!

He aquí las palabras que primeramente hirieron sus oídos.

Allí había movimiento desusado; locomotoras que caminaban en distintas direcciones; mucha gente en el andén de la estación; camareros del restaurant, que se acercaban á los coches preguntando si los viajeros iban á almorzar.

El caso no estaba previsto por D. Prudencio y hasta el mismo Julio Verne quizá había omitido su mención.

Los excelentes lugareños se miraron silenciosos y aquella mirada equivalía á una interrogación.

– ¡Seguidme! – dijo súbito D. Prudencio.

Todos bajaron sin titubear, llevando consigo la *impedimenta* que descansaba en el enrejado y en el suelo del carruaje.

– Vamos al restaurant, – añadió en tono imperativo.

Y fueron, efectivamente, al restaurant.

Allí los dejó perplejos otra sorpresa. Una de las mesas mostraba sencillo aspecto y la otra aparecía engalanada con centros, flores y diferentes accesorios que acusaban buen gusto. ¿Dónde se sentarían?

– Oye, Prudencio, – advirtió doña Angustias, – la mesa de tanto lujo me parece que será para algunos convidados

– Así lo creo, – repuso el marido.

– Entonces, nos colocaremos en la modesta.

Lo hicieron y la expectativa del almuerzo borró las impresiones de terror.

– ¿Qué va á ser? – preguntó un camarero.

– Hombre, – contestó D. Prudencio, – para *hacer el estómago*, empezaremos por unas sopas de ajo.

– No hay, caballero.

– Entonces, una sopa cualquiera y un guisado de cabrito.

– No tenemos cabrito.

– Hombre, hombre, ¿y á esto le llaman un restaurant?

– Caballero, estamos perdiendo el tiempo, y dentro de diez minutos sale el tren para Málaga.

– Bueno, – dijo con filosofía D. Prudencio; y dirigiéndose á Pascualico le pidió la cesta. Diósela el mocetón, sacó el padre de las profundidades de aquella especie de tinaja un trozo de longaniza perfumada y roja, que parecía una culebra, y quiso entregárselo al camarero, diciendo:

– Tome V., y que nos frían eso.

El camarero, impacientado, se limitó á observar:

– Aquí no preparamos las comidas que nos traen.

– Y ¿qué hemos de hacer? – arguyó doña Angustias.

– Las frioleras que vienen en la cesta son para luego. Nosotros estamos en ayunas y toda esa gente, sean ó no convidados, se atracan en la mesa grande.

– Precisamente iba á indicar á los señores que debían sentarse á la mesa redonda y tomar lo que los demás viajeros.

La familia invadió la mesa vecina y comenzó la tarea de saciar el apetito. Pero ¡oh desencanto! Habían desperdiciado el tiempo de que les hablaba el mozo y apenas colocados los forasteros en las sillas, oyeron las palabras de ritual:

– Viajeros para Málaga; faltan cinco minutos.

Casi á la vez, uno de los camareros, provisto de la tradicional bandeja, empezó á pedir el importe del almuerzo.

– ¡Esto es un escándalo! – vociferaba doña Angustias.

– Todavía no hemos abierto la boca y ya nos asustan con que se va el tren, y nos exigen el precio de un almuerzo que no hemos probado.

– Hay que resignarse, – contestó D. Prudencio, y se apresuró á pagar la cuenta.

Los viajeros salían, entretanto, del comedor y la familia de la granadina Vega hizo lo propio, renegando de Bobadilla y del restaurant.

Sonó la campana y el tren volvió á partir.

Era necesario reparar las fuerzas, y después del triste desengaño recién sufrido, D. Prudencio y su gente tuvieron que recurrir á la cesta. Apareció de nuevo la apetitosa longaniza y no hubo más remedio que devorarla cruda, con lo cual dejaba en las manos sanguinolentas huellas.

(Concluirá)

LA LEYENDA DEL FARO DE EDDYSTONE

(Continuación)

—No debe V. ofenderse, cuando no ha habido motivo para ello. Estoy muy satisfecho...

—¡Oh! no me ofendo por tan poco,—dije interrumpiéndole.—Además nuestra situación es muy parecida: al desembarcar hace un mes en Inglaterra, encontré á mi madre, mi hermana y mis dos hermanos enterrados y hacía ya tiempo que mi padre los había precedido en la tumba, así es que estoy solo, enteramente solo en el mundo.

—¡Mala suerte! — contestó el escocés con voz gangosa; —pero El que cuida de las avecillas del cielo...

—Sí, sí, es verdad;—interrumpí temiendo un sermón; —los hombres no pueden vivir siempre, tarde ó temprano han de morir; y no hay que apesadumbrarse por ello.

—Siempre es un consuelo expresarse así, cuando se está bien penetrado del sentido de esas palabras.

Había en aquel hombre cierta cosa que desanimaba y que había influído en mí al verle por primera vez: ¡eran tan fastidiosas sus palabras y sus miradas! Pero no queriendo dejarme llevar de aquella impresión, me puse á charlar animosamente; canté, bromeé y conté toda clase de anécdotas sobre mis aventuras en el transcurso de mi agitada vida, algunas de las cuales eran muy divertidas.

Pero nada me valió, y aunque el viejo devoto dijera que mi conversación le parecía agradable, lo cierto era que no le gustaba. Escuchóme con mucha calma sin interrumpirme una sola vez; pero ví que mi jovialidad le cuadraba tan poco como á mí su humor atrabiliario.

Entre tanto pasó la hora, y después de hacerme una porción de encargos sobre la lámpara, los reflectores y el servicio, me dejó solo. Así que se hubo marchado, pensé cuán duro é injusto era que un hombre como yo, dotado de talentos naturales y que había recibido una buena educación, tuviese la misma suerte que un escocés viejo, ignorante y estúpido, y me lamenté de no saber cuándo llegaría el tiempo en que ocupara en la sociedad el puesto que me correspondía. ¡Ah! este tiempo todavía no ha llegado. Muchos años han transcurrido desde que era yo guardián del faro de Eddystone y en este largo intervalo he desempeñado muchos empleos indignos de mí.

A pesar de todo, convenía conmigo mismo en que estaba mejor en aquel escollo solitario que en la cubierta del *Neptuno*, donde no solamente tenía que soportar toda clase de padecimientos físicos, sino las burlas y el carácter pendenciero de mis groseros camaradas. Y al pensar en que, no poseyendo un céntimo, hubiera tenido que buscar otra vez una colocación al lado de aquellos salvajes ó ponerme á mendigar, consideré mi situación con mejores ojos.

Pasé algún tiempo entregado á estas ideas y haciendo otras consideraciones análogas: luego procuré acomodarme para pasar la noche del mejor modo posible, pero en vano; todas las posiciones me parecían molestas; sentía una especie de inquietud, y me decidí á ir abajo á hacerme un vaso de grog y á buscar la caja de música. El viejo guardián dormía, pero un leve ruido que hice al pasar cerca de su cama, le despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede? — preguntó con acento de terror. — ¿Qué quiere V.?

—No es nada, no se asuste V., — le contesté. — He bajado á buscar un vaso de grog y mi caja de música.

—¿Y por tan poca cosa se atreve V. á separarse de la linterna?

Y así diciendo, subió por la escalera como un loco.

Cuando hube preparado mi bebida y cogido la caja de música, subí á mi vez riéndome del espanto y del enojo del escocés. Hice mal sin duda en abandonar mi puesto, pero el daño no era grande y su conducta me parecía absurda por demás.

—Vamos, buen viejo, — le dije al llegar á la linterna, — no ponga V. esa cara tan hosca. No parece sino que he cometido un crimen por querer beber un vaso de grog. Vuélvase V. á la cama, ó atrapará un resfriado, y entonces tendré que cuidarle como á una criatura. Ea, márchese V.; no me separaré más de mi puesto.

—¿Puedo contar con ello? — me preguntó con un aire de angustia que me hizo reir.

—Sí, hombre, sí; ya no necesito nada. Baje V. y métase entre sábanas. Le juro á V. que hará mal en estar intranquilo.

Guardó silencio y volvió á su cuarto. Yo hice marchar mi caja de música algún tiempo y apuré el grog; y ya fuese que este licor me produjese el efecto de un narcótico ó que estuviese cansado de resultas del baile y la broma de la noche anterior, lo cierto fué que me dormí profundamente y no me desperté hasta el amanecer. Cuando abrí los ojos y ví que despuntaba la aurora, me apresuré á apagar la lámpara, y en seguida bajé á reunirme con mi compañero. Almorzamos, y para postres me echó la reprimenda que esperaba.

—Joven, — me dijo, — anoche hizo V. muy mal en separarse de la linterna, y no debe V. cometer otra vez la misma falta.

—¡Bah! no hay que hablar de ello. El mal no fué grande ni podía serlo.

—Usted, que ha navegado, debe saber muy bien que no podía abandonar su puesto estando de guardia.

—Es verdad, — le repliqué; — pero un faro no es un barco. Aquí no hemos de temer los golpes de viento; las rocas que nos rodean no tienen nada de amenazadoras para nuestras personas ni para nuestra vivienda.



LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN, dibujo de H. Lefler

—¡Excelente modo de pensar! — exclamó. — Es muy cierto que nosotros no corremos peligro alguno, joven aturdido; pero si en la linterna ocurriese algún desperfecto y cesara de servir de aviso á los marinos, ¿qué sería de los hombres en cuyo favor se ha elevado este faro sobre las olas tumultuosas?

—Pero por cinco minutos tan sólo...

—No debe V. abandonar sus funciones ni un momento. Tanto V. como yo estamos aquí para cuidar de la lámpara. Si por negligencia nuestra llegara á estrellarse un buque contra las rocas que nos rodean, podría imputársenos como un crimen la muerte de cada hombre; seríamos homicidas, asesinos! No, no busque V. una disculpa imposible; demasiado sabe V. que ha obrado mal. Si pudiera suponer... pero por ahora no ha sido más que un simple aturdimiento, y confío en que no se repetirá. Olvidemos pues un momento de error.

Por mi parte no pensé más en él. Desgraciadamente, no tardó en ocurrir una circunstancia trágica que me hizo recordar estas palabras: «Si por negligencia nuestra llegara á estrellarse un buque contra las rocas que nos rodean, podría imputársenos como un crimen la muerte de cada hombre.» Mas por el momento, estas frases no me hicieron impresión alguna, mejor dicho, me burlé de ellas y de la gravedad del escocés, aunque para ello aguardé á estar solo, porque á la sazón había en su mirada, en su acento y en su fisonomía un no sé qué de solemne que me imponía á mi pesar.

Estaba escrito que aquel día habíamos de reñir. Había yo bebido muchos vasos de grog, no tanto por necesidad cuanto por hacer algo, y como mi compañero lo notase en vista de lo que bajaba el nivel del ron en la botella, cerró el armario en que estaban los licores y se metió la llave en el bolsillo. Fingí no verlo; pero deseando poco después otro vaso, me acerqué al viejo, que estaba en la galería circular de la linterna, y le dije cortésmente:

—Tenga V. la bondad de darme la llave del armario.

—No, joven, no puede ser. Veo que no sabe V. contenerse; en adelante tendrá V. su ración diaria y ni una gota más.

—¿Con qué derecho me tasa V. la bebida? — exclamé.

—Déme V. la llave, viejo chocho, ó sabrá V. quién soy yo.

Le cogí del brazo; pero con la rapidez del relámpago y sin que me fuera posible impedirlo, tiró la llave al mar.

—Ha querido V. valerse de la fuerza, — me dijo con brusquedad, — porque es V. más joven y robusto que yo. Ahora toca V. las consecuencias de su mal propósito: vea usted lo que me ha obligado á hacer. En adelante no tendrá V. ni una gota de grog, porque no se atreverá V. á romper la cerradura; por lo menos supongo que no lo intentará V. porque la fractura quedaría bien patente. Pero si tiene V. juicio, no diré una palabra de lo sucedido, porque no me gusta delatar á nadie.

Por toda respuesta, dí al viejo un violento empujón y desde aquel momento fuímos enemigos.

Estaba en lo cierto al decir que no me atrevería á romper la cerradura del armario, porque se hubiera echado de ver tan luego como hubiese venido la lancha, y el lance quedaría descubierto. Probé todas las demás llaves, pero ninguna iba bien. Para colmo de desdicha, había pleamar en el momento de nuestra disputa; y cuando las aguas bajaron, hice toda suerte de pesquisas para encontrar la llave, pero en vano.

Trascurrió el día sin aburrirme; verdad es que el enojo me impedía pensar en mi posición. Tocóme de vigilancia durante la primera mitad de la noche; presté mi servicio, y cuando dieron las doce, bajé á mi cuarto y me dormí profundamente.

Por espacio de dos ó tres días mi tristeza fué en aumento, y al fin me convencí de que mi situación era insoportable: al ver la inutilidad de mis esfuerzos para resistir al desaliento, me dí por vencido en la lucha. Había procurado distraerme leyendo el libro de chistes y cantando las canciones en que terminaba; había hojeado algunas de las obras de la biblioteca de mi compañero, cuando él no estaba allí; pero nada de esto produjo el efecto deseado. Necesitaba violentarme mucho para comprender el contenido de las páginas que tenía á la vista, tan vagas eran mis ideas; y cuando quería cantar, mi voz producía un sonido tan hueco, tan triste, tan monótono, que me asustaba, pareciendo agravar mi desdicha. Mi caja de música, con su eterna uniformidad, me irritaba y acabé por no hacer caso de ella... Renuncié á mi proyecto de escribir mi biografía, pues como jamás estaba en la disposición de ánimo necesaria, no pude redactar más que la primera página. No tenía absolutamente nada que hacer, nada que esperar, nada que temer, nada que desear, nada en fin que pudiera causarme una preocupación ó inspirarme una idea. Mi cuerpo y mi imaginación estaban condenados por igual al reposo. Tampoco me era posible distraerme haciendo ejercicio, porque en aquella torre estrecha estaba encerrado como en una jaula: empecé á comprender la inquietud, la agitación perpetua de los animales cautivos y á simpatizar con su dolor; pero me parecían más dichosos que yo, porque no tenían un alma para sufrir, como la mía, los tormentos de un encarcelamiento moral.

A veces pensaba en la vida que llevaban los habitantes de Plymouth, de los que sólo estaba separado por algunas millas de distancia. ¡Qué cruel diferencia entre nuestra respectiva suerte! Me los figuraba en toda la actividad de su existencia, moviéndose entre la muchedumbre, saludando á sus conocidos, hablando, bromeando, comprando, vendiendo, leyendo periódicos, yendo á los teatros, y disfrutando de todo género de placeres. Veía en mi imaginación el arsenal, lleno de operarios activos que atronaban el espacio con el ruido de sus hachas y martillos; veía la alegre multitud de marineros y grumetes, el puerto donde se cargaban y descargaban los barcos, etc. etc., y mientras todas las escenas en que pensaba sucedían realmente, yo estaba cautivo en una torre aislada, sin otra cosa para distraerme más que el rumor monótono del Océano, y la vista, más monótona aún, de sus oleadas sin límites!

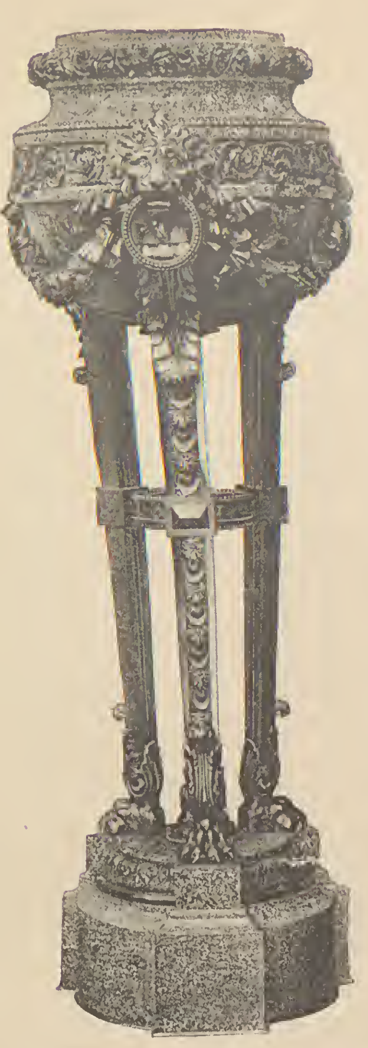
Cada hora del día reproducía en mí estas ideas; por la mañana me representaba el despertar de la industriosa ciudad, la apertura de las tiendas, la circulación naciente de las calles, las caricias de las familias antes de dar principio á los trabajos del día; por la noche pensaba en las reuniones junto al hogar, en las conversaciones íntimas, y en el momento de darse unos á otros y con repetición las buenas noches. Y á mí, ¡desdichado! aquellos instantes no me recordaban otra cosa sino mi soledad, mi dolor, mi desaliento y mi miseria, con la abrumadora uniformidad de un inmóvil porvenir!

Los barcos que pasaban no podían inspirarme el interés y la simpatía que se sienten cuando uno está mecido como ellos por el movimiento de las olas. Yo envidiaba á los marineros, reunidos fraternalmente en ellos, alegres y sin cuidados: el buque los llevaba á un puerto; su existencia tenía un objeto! Ninguno de ellos pensaba en el pobre custodio del faro; y sin embargo, este custodio velaba y sufría por ellos. Así era que la aparición de un buque me contristaba más y más; considerábame como un infeliz proscripto, abandonado en una isla desierta, que columbra un barco sin que la tripulación lo divise. La vista de la tierra me producía el mismo efecto: con un telescopio

OBJETOS DE ARTE EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL



Candelabro dibujado por M. Moreau y fabricado por M. Christofle y C.ª



Jardinera de granito, (Thiebaut hermanos)



Vaso fabricado por M. W. Brownfield é hijos, Cobridge

distinguía algunas casas: el labrador encontraba en ellas, al regresar de sus diarias faenas, una familia, unos compañeros de su modesta existencia, mientras que yo estaba solo, enteramente solo, porque un viejo insoportable no constituía sociedad alguna para mí.

A veces me ponía á llorar y me desesperaba horas enteras como una criatura; pero las lágrimas no me deparaban consuelo. Los días me parecían interminables, y sin embargo, al terminar cada uno no sentía la menor satisfacción, pues sabía que al día siguiente me había de consumir el mismo tedio. Tenía mi reloj colgado de un clavo para apreciar mejor la rápida marcha del tiempo, mas parecíame que no se movían las saetas: entonces decía entre mí: «Voy á pasar un gran rato sin mirarlo,» y cuando creía transcurrido un buen intervalo, volvía á contemplarlo y veía que sólo habían pasado unos cuantos minutos. Al fin su monótono tic-tac acabó por ponerme nervioso, y me lo metí en el bolsillo para apagar su ruido, pero siempre seguía oyéndolo ó me figuraba oirlo. Para librarme de aquel suplicio, guardé el reloj en diferentes sitios; ¡inútil tentativa! su acompasado rumor no dejaba de perseguirme, hasta que en un rato de mal humor, lo hice pedazos. Arrepentíme en breve, porque desde entonces me fué imposible calcular el tiempo, ó únicamente podía hacerlo por el movimiento de las sombras que proyectaban los objetos al ser heridos por los rayos del sol, cuando el astro brillaba, cosa rara en aquella estación tempestuosa.

Tuve noticia de que algunos curiosos solían venir á visitar el faro, y los aguardaba con impaciencia, pero ninguno se presentó durante mi permanencia en Eddystone.

De este modo iban transcurriendo los días: no necesito describir ninguno de ellos, fuera de que no me sería posible aunque quisiera, porque no han dejado en mí ningún recuerdo. Aquella época se presenta á mi imaginación como un vacío; hasta cesé de calcular el tiempo, y acabé por ignorar en qué día del mes ó de la semana estábamos. Me parecía que vivía eternidades, y sin embargo, me engañaba torpemente, porque sólo había transcurrido una pequeña fracción de los seis meses de mi contrato.

En cierta ocasión logré vencer la repugnancia que me inspiraba mi compañero hasta el punto de resolverme á proponerle que jugáramos una partida de naipes. Había titubeado mucho tiempo antes de decidirme á ello; pero el fastidio pudo más. No creía ni remotamente que fuera posible negarse á tal proposición, por lo cual contaba ya con una distracción.

– ¡Jugar á las cartas! – exclamó el viejo escocés. – ¿Está usted en su juicio? ¿No sabe V. que los juegos de azar son invención del demonio? ¿Quiere V. comprometer la salvación de mi alma por proporcionarme un placer frívolo, aun admitiendo que me gustase barajar esos pedazos de cartulina pintarrajeada? No, no: Dios me libre de semejante locura.

Tan brusca respuesta me sacó de tino. La presencia del viejo me fué de todo punto intolerable, y me habría encontrado mejor sin él. Ya me causaba horror, y le consideraba como la causa principal de mi infortunio. Si hubiese contado con un compañero alegre y jovial como yo, no me habría quejado tanto; por consiguiente, todos mis sinsabores procedían de su sequedad y de su egoísmo; por lo cual sentí hacia él un odio tan profundo, que aun detesto su memoria.

Por mi mal comprendí la causa de que se sonrieran cuando propuse firmar mi contrato por un año, y la de que hubieran desertado todos mis predecesores. El faro de Eddystone era una morada cruel. Había momentos en que me daban intenciones de romperme la cabeza contra las paredes y acabar de una vez mi vida miserable; otras veces quería arrojarme al mar, y en más de una ocasión bajé á las rocas durante el reflujo, con el propósito decidido de tirarme desde una de ellas; pero en el instante de ir á realizarlo, retrocedía, deteniéndome la vaga esperanza de un porvenir mejor. Parecíame oir una voz misteriosa que me decía: «Aguarda aún; todavía no ha llegado la hora.» Y sin embargo, pasaba el tiempo sin depararme el remedio supremo. ¡Mi situación era cada vez peor. Una calentura lenta me abrasaba la sangre; tenía calambres en todo el cuerpo y atormentaban mi cerebro continuos vahidos. Me acosaba un inextinguible deseo de ocuparme en algo; el vigor natural de mi temperamento se rebelaba contra el sopor en que estaba sumido.

A veces creía volverme loco: notaba incoherencia en mis ideas; asaltábanme pensamientos raros y fantásticos, y costábame un trabajo inmenso desecharlos. Mi inteligencia vagaba sin cesar de un asunto á otro; en mis variadas reflexiones no había conexión alguna, ningún objeto les servía de base ni de centro. Creo que perdía efectivamente la razón, y á decir verdad hubiera querido estar convencido de ello, porque de este modo no tendría responsabilidad moral. A veces, en aquellos terribles días, no sabía si estaba despierto ó soñando; y confiaba en que todo era una especie de pesadilla que sacudiría en breve, riéndome luego de mi quebranto y mi zozobra. Pero los días se sucedían y la pesadilla continuaba.

Tal era mi vida en el faro de Eddystone. Con frecuencia había creído que el mayor suplicio corporal debía ser el de permanecer indefinidamente en una misma postura. Pues bien, lo que este tormento significaba para los órganos materiales, mi situación lo era para mi espíritu. Si yo tuviera un odio implacable á un hombre y se me diera la elección de mi venganza, me contentaría con encerrarle en una celda privándole de todo contacto con sus semejantes; le impediría oir el sonido de una voz humana, le prohibiría dedicarse á todo trabajo y á toda ocupación; en una palabra, haría el vacío en torno de su espíritu.

Manuel Aranda

(Concluirá)

Aparato para registrar en el fonógrafo un solo de cornetín. – Cuantos oyeron el fonógrafo en 1878 y le comparan con el de 1889 no pueden menos que admirar los progresos en él realizados durante este período de 11 años: las promesas hechas por Edisson se van realizando una tras otra y con razón puede esperarse el cumplimiento de otras que á primera vista pudieran parecer prematuras ó exageradas. El actual fonógrafo reproduce con maravillosa claridad no sólo las palabras sino los trozos ejecutados en el piano ó por medio de instrumentos de viento para lo cual se emplea una especie de trompeta



Aparato para registrar en el fonógrafo un solo de cornetín

acústica que recogiendo los sonidos los trasmite al receptor, según puede verse en nuestro grabado, y cuyas dimensiones varían según la clase de instrumento que se toca.

(Tomado de *La Nature*)

Imp. de Montaner y Simón